

El rostro sufriente de lo bello.

Reflexiones en torno a la belleza y el dolor en Simone Weil.

Andrea Ugalde¹

“Existe un único caso en el cual la naturaleza humana soporta que el deseo del alma se dirija no hacia lo que podría ser o lo que será, sino hacia lo que existe. Este caso es la belleza”.

Esta frase se encuentra dentro de las reflexiones que Simone Weil lleva a cabo a partir de la experiencia vívida del año en que decide trabajar en una fábrica. En su obstinada decisión de no salir de la condición de obrera que se había autoimpuesto, ella pretende lograr conservar “íntacto el sentimiento de dignidad del ser humano” bajo un contexto de opresión que será el vehículo de sus reflexiones más densas. Dentro de este “corpus”, que adolecerá por cierto de una asistematicidad como característica principal de su filosofía, el pensamiento de la belleza y el dolor moverán un péndulo que nos invitan a pensar más allá, pues ellos se apoyan en una ontología del mundo y lo real que auspician también la reflexión sobre la opresión y la subordinación, anunciando así las notas fundamentales de un proyecto político radical.

La belleza y el dolor constituyen la piedra de toque de la presente exposición, pues para Weil estas dos características de lo real son las únicas puertas de entrada hacia lo sobrenatural y lo sagrado, que es la dimensión que otorga densidad y sentido a lo real. Por eso, primeramente, debemos explicar en qué sentido para ella el mundo se constituye de una dimensión sobrenatural. Lo real tendría un doble sello: por una parte, todo se encuentra bajo la ley de la necesidad, que sumerge la materialidad del mundo en un orden sistemático, regido por lo que ella denomina la *fuerza* . La necesidad invade la vida humana y la esfera social por igual. Pero este mecanismo podría ser interrumpido por la *gracia* que es, de alguna forma, la presencia de lo divino en el mundo. Weil concibe este último como producto de la descreación divina, es decir, el producto de la abdicación de Dios de su omnipotencia. En otras palabras, la divinidad se caracterizaría justamente por no dominar allí donde puede. De esta sentencia, “no dominarás allí donde puedas”, se desprende el concepto de Weil de justicia así como su crítica a la democracia; también nos anuncia, en lo que aquí nos referimos, la modalidad en que lo divino se encuentra en el mundo: en la forma de la ausencia, del silencio latente en cada una de las cosas que conforman el compás fuerte dentro de lo creado. En sus *Escritos de Londres* , nos dice que “la realidad de este mundo está constituida por el mecanismo de la materia y la autonomía de las criaturas razonables. Es un reino del que Dios se ha retirado. Dios, habiendo renunciado a ser el rey, sólo puede ir como mendigo”. Dar paso a lo divino es entonces uno de los cometidos de su filosofía. Un estudioso de Weil afirma que “**la obra de Simone Weil es, sin**

¹ Magíster en filosofía, Universidad de Chile (tesista)

duda alguna, verdadera fenomenología de la descreación, un precioso inventario de vías de retorno hacia el Amor, de caminos que conducen a la supresión de toda esta realidad advenediza e ilegítima.”² De este modo, la belleza y el dolor son las dos puertas de entrada para llegar a Dios. Por cierto, se desliza aquí una característica importante de su pensamiento. Su filosofía no puede ser entendida si no se atiende a su biografía. Simplemente diremos aquí que su pensamiento político se resignifica a la luz de una experiencia mística que, como tal, guarda las notas fundamentales de lo que entendemos por experiencia: es a partir de sus vivencias en la fábrica y como testigo y paciente del sufrimiento humano que ella va a ser objeto de una “revelación” de la dimensión sagrada del mundo y lo humano, sin llevarla a una región trascendental de los mismos. Desde esta posición ella dará forma a un pensamiento de lo real que busca transformar aquello que piensa. Pues bien, la necesidad, como constitución de la realidad humana y específicamente del trabajo, invade con su mecanismo ciego la estructura anhelante del hombre y la constriñe. En el texto *La condición primera de un trabajo no servil*, de 1942 (título por lo demás bastante sugerente de este pensamiento de la transformación) nos dice: “Existe en el trabajo [...] un elemento irreductible de servidumbre que ni siquiera una perfecta equidad social borraría. Este elemento surge como consecuencia del hecho de que su ejecución viene gobernada por la necesidad y no por la finalidad. [...]. Existir -continúa más adelante- no es un fin en si para el hombre; es solamente el soporte de todos los bienes; tanto da que sean verdaderos o falsos. Los bienes se añaden a la existencia. Cuando desaparecen, cuando la existencia ya no viene adornada por bien alguno, cuando está desnuda, no guarda ya ninguna relación con el bien e incluso es un mal”³. Por la introducción de la *necesidad* al campo de trabajo, el móvil que todo deseo busca y que da cuenta de una carencia en aquel que desea, queda supeditado a la única meta por la cual el esfuerzo es puesto en juego: la mantención de la existencia. El movimiento que ésta inspira no hace sino llegar a un mismo punto de partida, de modo tal que la satisfacción de la carencia a la cual refiere como móvil la acción ejecutora de un trabajo, siempre refiere a las condiciones mínimas que hacen posible la existencia. El objeto del deseo es manipulable hasta el punto de lograr la sumisión de una persona, y esta condición se proyecta a la constitución de cualquier anhelo, porque ya no hay bien que perseguir, no hay meta: toda finalidad se ha convertido en medio de subsistencia, y es esta circularidad la que logra transformar incluso el propio concepto del mundo. La necesidad, nos dirá Weil, “*que nos constriñe a la acción más simple nos da [...] la idea de un mundo [...] completamente indiferente a nuestros deseos*”⁴ El control del anhelo hace que el obrero sea cómplice de su propia esclavitud, puesto que la dominación consiste en obligar a desear los medios, y en que todo objeto de deseo devenga objeto de obsesión, como el dinero. En medio de este contexto es que encontramos el lugar de la belleza y su directa relación con el dolor. La belleza debe ser concebida como aquello que carece de finalidad y que armoniza fenomenológicamente con el mundo como descreación: la belleza se encuentra precisamente en la falta, en la petición del mendigo, en el trabajo sin

2 Veto, Miklos. *Mística y descreación*, en “Simone Weil, la conciencia del dolor y la belleza”. Edición de Emilia Bea. Madrid, Trotta, 2010, p. 142.

3 Weil, Simone. *Condición primera para un trabajo no servil*, en “La condición obrera”. Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2010, p. 240

4 *Ibíd.*, p. 33

cesar del obrero, quienes en definitiva encarnan para Weil la figura de la esclavitud moderna. Hay esclavitud donde se han anulado las condiciones para la consecución de fines, es decir, cuando el carácter de persona es aplastado. Se va entendiendo por qué hay de parte de Weil una reivindicación de la dignidad humana a partir de la reflexión de lo bello y el dolor: pues para ella toda persona es considerada en cuanto tal por su capacidad de aspirar al bien. Weil concede en esta aspiración al bien el carácter sagrado de toda persona, en el cual se basa la legitimidad de la exigencia de respeto⁵. Lo sagrado en la persona es precisamente lo impersonal, lo que niega el “yo”. La obstinada permanencia en la fábrica tiene que ver entonces con que, precisamente, Weil busca abrir en el espacio de sus reflexiones la reivindicación de aquella dignidad que es arrasada continuamente por la opresión. La belleza le concede así la posibilidad de apelar al único sentimiento que permanece intacto a la servidumbre y la esclavitud modernas y que, al mismo tiempo, asume la condición del trabajo como insuprimible. Por que el trabajo, como veremos, es para ella la acción que extiende los lazos de lo bello en la materialidad dominada por la necesidad. Ella nos dice: “Una sola cosa hace soportable la monotonía, una luz de eternidad: es la belleza. Existe un único caso en el cual la naturaleza humana soporta que el deseo del alma se dirija no hacia lo que podría ser o lo que será, sino hacia lo que existe. Este caso es la belleza. Todo cuanto es bello es objeto de deseo, pero no se desea que el objeto sea otro, no se desea cambiarle nada, se desea el objeto bello tal y como es. [...] Ya que el pueblo está obligado a dirigir todo su deseo a lo que ya posee, la belleza está hecha para él, y él para la belleza”⁶. Weil está buscando poner en ejecución un pensamiento divorciado de toda fantasía social, apelando siempre a una experiencia concreta ligada al sufrimiento humano y a la crítica que moviliza su pensamiento hacia la opresión y el servilismo social. Para ella, lo más preocupante es que “la opresión, a partir de cierto grado de intensidad, engendra no la tendencia a la rebelión, sino una tendencia casi irresistible a la más completa sumisión”⁷ y que los regímenes políticos propician una estructura en que la sumisión se mezcle con la colaboración. El único sentimiento al cual se puede apelar en estas condiciones reales de opresión es, según ella, el sufrimiento y su análogo, la belleza. En el trabajo, como en la prisión de los campos, se elimina la capacidad de reflexionar, la sensibilidad es diezmada; la belleza es entonces un don y la inspiración para un otro tipo de deseo que difiere del que caracteriza a la voluntad, simplemente porque es capaz de guardar verdaderamente la alteridad: no pretende culminar en el gesto de apropiación, sino en conservar en sí misma la existencia de aquello otro. Su interés básico es la existencia en cuanto tal. De ahí el grosor ontológico que guarda la belleza como conexión con la realidad. Y en este sentido, es notable que sólo el proletariado o la clase trabajadora sea la portadora exclusiva de dicha facultad. Esta idea es, probablemente, una herencia del pensamiento de Marx.⁸ Weil asume la existencia del sufrimiento en la clase trabajadora como una condición

5 Para este tema ver *La Persona y lo sagrado*, en “Escritos de Londres y últimas cartas”. Madrid, Trotta, 2002. p. 17 y sgtes.

6 241. “La condición primera de un trabajo no servil”

7 Weil, Simone. *Cartas a Víctor Bernard*, en “La condición obrera”, óp. Cit. p. 81

8 Acudiendo a la lectura que hace Michel Henry de Marx podemos inferir que, efectivamente, el proletariado tiene la prerrogativa de guardar un lazo con lo real más estrecho que la burguesía que, estrictamente hablando, adolecería de tal condición. El punto de divergencia se encuentra en la praxis del trabajo. Así, nos dice Michel Henry: “ El capital pertenece a la dimensión ontológica irreal de lo económico; el trabajo, en tanto es praxis viviente, define la realidad. [...]”

inherente. No hay rebelión ni revolución capaz de anular esta condición sin situarse por fuera de la condición obrera, de modo que alimenta ingenuamente un sentimiento de esperanza que sirve como estupefaciente. Weil no demora en decir que la idea revolucionaria que “constituye una rebelión contra la desgracia esencial a la condición misma de los trabajadores, es una mentira. Ya que ninguna revolución suprime esta desgracia”. Así podemos dar con la particular visión que tiene ella del trabajo. El trabajo se caracteriza esencialmente por un poder creador: su producto lleva a cabo a la existencia algo que no estaba en el mundo y, por sobretodo, abre el espacio en que puede advenir lo sagrado. Porque para ella el mundo es primero una necesidad que hay que vencer, y el medio es el trabajo. No cualquier trabajo, por cierto: “No hay que tender a reducir indefinidamente la parte del trabajo en la vida humana en beneficio del ocio que no satisfaría ninguna de las altas aspiraciones del hombre [...] sin hacer del trabajo un medio para que cada hombre fraternice con sus semejantes en un pie de igualdad. La organización del trabajo debe llevar a cabo la combinación del orden y la libertad. Las máquinas, en lugar de separar al hombre de la naturaleza, deben proporcionarle un medio para entrar en contacto con ella y acceder cotidianamente al sentimiento de lo bello en toda su plenitud.”⁹ El trabajo manual tendría esa prerrogativa, ya que tiene contacto con una materialidad que para Weil es susceptible de reflejar la presencia de lo divino. El trabajo es, en cierto modo, un símil de la descreación, puesto que allí el ser humano abdica de su “yo” para anular cualquier obstáculo entre él y lo divino. “La condición de los trabajadores -nos dice Weil-, es aquella en la cual el hambre de finalidad, que constituye el ser mismo de todo hombre, no puede ser satisfecha sino por Dios.”¹⁰ La materia es aquello de lo cual el trabajo dispone para su transformación, y es ella quien guardaría la capacidad para captar la mirada de alguien y reflejar lo que ella misma impide ver: la belleza.

En el itinerario de lo bello encontramos una noción de una importancia radical que aquí no tratamos, ya que constituye un tema en sí mismo. Sin embargo, nos conformamos con decir aquí que resulta ser un cierto método de apertura y preparación para el advenimiento de lo sagrado en la forma de la ausencia. Para Weil la *atención* es una capacidad que se puede formar, e incluso la señala como algo necesario de cultivar en los programas escolares. Sin duda tiene una relación directa con su vida mística, pero que ella intenta adjudicar a la vida entera del hombre. Es, de alguna u otra forma, el arma de transformación con el que cuenta su pensamiento. Carmen Revilla nos dice que en tanto se trata de una “facultad que se puede “formar”, es uno de los objetos prioritarios de su proyecto. En el círculo cerrado del mundo de la necesidad, que excluye el bien, y en el que el ser humano es esclavo, Weil propone, también ahora, la atención como forma de hacer visible la belleza; una atención dirigida a la materia que constituye la trama del mundo que el trabajo prolonga y que, si es capaz de

dentro de la totalidad de valores de uso que componen lo real, el trabajo es aquel que produce y mantiene en el ser a todos los otros, el elemento subjetivo, sin el cual, el todo de la objetividad -las materias e instrumentos de trabajo- se desvanecería en la nada.” Así, proseguiría Henry, “la disimetría ontológica entre capital y trabajo significa también una disimetría entre burguesía y proletariado. La burguesía es ajena a la realidad, no tiene rostro, no es nadie [...] A la definición económica de la burguesía se opone la definición real de la clase obrera. La realidad de la clase obrera es la realidad misma, la praxis subjetiva de los individuos vivientes.” [Henry, Michel. *La evolución del concepto de lucha de clases en el pensamiento de Marx*, en Fenomenología de la vida. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 62-63.

9 Weil, Simone. *Dos cartas a Jacques Lafitte*, en *La condición obrera*, óp. Cit. p. 109.

10 Weil, Simone. *La condición primera...*, óp. Cit. p. 242

“levantar la cabeza”, exhibe la propiedad reflectante que le permite hacer de espejo de la luz.”¹¹

Las preguntas que permanecerán pendientes, y que nos invitan a partir del pensamiento de Weil a pensar desde otro lado, es cómo representar esa belleza enraizada en el dolor humano, sin convertirla en lo que ella precisamente no es, un medio para otra cosa, una finalidad cuyo objeto es exterior a sí misma. Dicho en otras palabras, cómo es posible la representación del dolor y el sufrimiento en su magnitud real sin provocar el rechazo que casi “naturalmente” provoca., y que sin embargo debemos preservar en el registro vivo de la memoria. Quizás contamos desde ahora con otro recurso...con otra disposición ante el dolor y lo bello.

Aquí se proyectará un pequeño segmento del documental realizado por Miguel Herberg, “*Chile o la historia que se repite*”, que muestra sin ningún tipo de filtro los campos de prisioneros en Chacabuco y Pisagua, en el norte de Chile, creados para el golpe de Estado de 1973.

(Lo que sigue es la transcripción de ese segmento del documental):

Miguel Herbert: -¿por qué no se me concede un permiso para visitar los campos de concentración?

Secretario de prensa de la junta militar chilena: -Ud me dice porque no se le da acceso a la gente a visitar a los detenidos. Yo creo que es en primer lugar por una razón humanitaria. A mi me parece muy mal mostrar al hombre cuando esta sufriendo. No me gusta mostrar al hombre tras una situación incómoda, como es la de prisionero. Creo que va contra su dignidad. Ahora con respecto al término campo de prisioneros, esa es una palabra, campo de prisioneros, que inventaron los marxistas.

Yo creo que el enemigo está trabajando en dos campos. Diría que la mano derecha del enemigo se ha situado políticamente detrás de los grupos no marxistas. esta buscando la solidaridad de los elementos no marxistas. [...] y el brazo izquierdo que está preparando la insurrección [...] es una guerra de inteligencia, en la cual nuestra posición es la posición que tenemos cuando queremos hacernos una buena afeitada. Queremos dejarlos crecer para después afeitar suavemente y no dejar nada.

11 Revilla, Carmen. *A la luz de lo sagrado. Experiencia religiosa y compromiso político*, en Simone Weil, la conciencia...óp. Cit. p. 128